

una acta en que solo se trataba de dar dinero al rey, mostró claramente al clero que se habia intentado sorprenderle y escitó desde luego reclamaciones tan vivas que se disolvió la asamblea. Pero al dia siguiente, por las maniobras de los emisarios de la corte que corrompieron ó intimidaron á la mayor parte de los diputados, se confirmó el acta en los mismos términos que habia sido concebida. Algunos propusieron, pero en vano, añadirle esta restriccion: *en cuanto la ley de Dios puede permitirlo*. Se les replicó que la menor cláusula irritaria al rey, mas celoso de su sumision que ansioso de su dinero; y esto bastó para que la multitud cediese sin resistir mas, y llevaron el acta pura y simple al príncipe, quien se manifestó en efecto mas contento con su nuevo título que con el presente que le acompañaba. A ejemplo de la primera provincia de la iglesia anglicana, concedió la de York poco despues el mismo título al monarca, junto con un donativo de diez y ocho mil ochocientas y cuarenta libras esterlinas.

Instruido el Papa de lo que habia pasado en Inglaterra, se halló cruelmente afligido, y esto es tal vez todo lo que pretendia entonces Enrique VIII, el cual hizo todavía despues muchas tentativas para atraer á Clemente á sus fines. Este Pontífice, temeroso de que la Iglesia de Inglaterra rompiese abiertamente con Roma juzgando la causa del matrimonio que se pretendia fuese declarado nulo, hizo espedir un breve dirigido al primado de aquel reino, Guillermo Warham, arzobispo de Cantorbery, anciano venerable y uno de los mas dignos prelados que habia tenido Inglaterra. Este se habia opuesto con todo su poder á la sancion del título cismático que tomaba el rey, y el dolor de ver destruirse la Religion católica en su patria, como todo lo anunciaba, le condujo poco tiempo despues al sepulcro. El Sumo Pontífice, despues de hacer en su

breve todas las exhortaciones capaces de sostener y animar el valor del arzobispo, le prohibia espresamente, asi como á todos los demas prelados y jueces, no solamente juzgar, sino conocer en la causa del matrimonio. Ningun aprecio se hizo de este breve en Inglaterra, pues apenas fué publicado se presentaron al parlamento dictámenes del todo contrarios, mendigados, arrancados y comprados de diferentes doctores. Indignado el Papa, no quiso tratar con los embajadores que Enrique mantenía todavía en Roma. No obstante, el cardenal de Grammont aplacó al Santo Padre: el asunto volvió á reducirse á negociacion, y se inclinó al monarca á que enviase un ministro, llamado *escusador*, para dar al Papa alguna especie de satisfaccion. Este príncipe apasionado, doblegándose á todo, llegó hasta renovar sus tentativas con la reina para hacerla consentir, á fuerza de promesas, en que se declarase nulo el matrimonio que ponía el principal obstáculo á su pasión. Pero aquella princesa, que tenía mucha grandeza y vigor de espíritu, despreció todas las ventajas, y al mismo tiempo todos los peligros que le acarrea su resistencia. El rey la confió poco despues en un castillo apartado y se separó de su compañía para siempre. Ella partió diciendo que, en cualquiera lugar donde existiese, sería siempre reina y esposa del rey.

Estos disturbios de Estado y de Religion, alimento tan propio para las sectas, dieron grandes esperanzas á los hereges de Alemania, esparcidos ya en gran número por toda Inglaterra, pero reducidos por un príncipe terrible contra la heregía, que habia combatido con tanto lustre, á espiar en silencio el momento oportuno para hacer uso de las armas de la seduccion. Cuando vieron que la corte y una parte de los pueblos tomaban aversion á los eclesiásticos adictos al Sumo Pontífice, comenzaron á

proceder con mucha menos reserva que antes, disputaron con mas frecuencia sobre la Religion, y se aventuraron en fin á dogmatizar públicamente. Pero Enrique, queriendo hacer entender que aun en el hecho de separarse de la comunión del Papa no intentaba tocar á la fé católica, ordenó que las leyes contra la heregía fuesen ejecutadas con todo rigor. En su consecuencia fueron condenados al último suplicio tres protestantes para intimidar á los demas.

Por el mismo tiempo los zuinglianos prosperaban mucho mas en Ginebra. La funesta alianza de esta ciudad con los suizos del canton de Berna, causó en ella la ruina de la Religion, á la cual habia perseverado sinceramente adicta por espacio de mas de mil y trescientos años (1). El disgusto de la sujecion á la ley y la licencia de costumbres hicieron primero gustar del nuevo evangelio á la juventud imprudente: la política le hizo adoptar luego á los ciudadanos mas graves, los cuales del temor que tenían al duque de Saboya pasaron al odio de su Religion. Farel, natural de Gap, en el Delinado, y ya ministro de la secta en Berna, fué el apostol de Ginebra; y sus primeras hazañas, despues de algunos dias de predicacion en esta ciudad, donde habia acompañado á las tropas auxiliares de sus nuevos aliados, fueron derribar cruces, destruir las imágenes, arrojar las reliquias en las cloacas, romper los copones, y pisar las santas hostias. No obstante, no pudieron cometerse tan enormes sacrilegios sin escitar el horror de las almas fieles que Dios se habia reservado aún en esta Babilonia. La ciudad se dividió en dos partidos enfurecidos, que se hicieron una guerra atroz en el recinto de sus murallas é inundaron de sangre sus propios hogares.

En el discurso funesto de este mismo año de 1531, Miguel Servet, que debia añadir nuevos realces á la triste celebridad de Ginebra, dió á luz sus libros horribles sobre la Trinidad (1). Este impío, mas pagano que herege, natural de Tarragona, en España, profesó largo tiempo la medicina en Paris, donde se imbuyó de las novedades furtivamente importadas de Alemania; y despues habia viajado por Africa para enriquecer con los dogmas del Coran su monstruoso sistema de religion. Dióle la última mano en Alemania, la que recorrió á su vuelta de Africa, y en donde recogió los delirios sediciosos de los anabaptistas. Rechazaba con ellos toda autoridad eclesiástica y civil, el bautismo de los párvulos, que decia haber sido establecido únicamente por los Papas; y aun enseñaba generalmente que nadie era condenado por el pecado original, porque la serpiente en el paraíso terrenal solo se habia apoderado del cuerpo, y que el alma habiendo permanecido libre, no podía pecar antes de haberse llegado á la edad de veinte años. En cuanto á la Eucaristía, sostenía con los sacramentarios que no era mas que un signo. En fin, trataba la Trinidad, como los musulmanes, de pura ficcion, de fábula idolátrica, de Cervero de tres cabezas. Repetía sin cesar que el Hijo de Dios no era una Persona divina, sino el Hombre-Cristo, y que todo él habia sido hecho con el hombre: que el Espíritu Santo no era absolutamente Dios, sino cierta emanacion de la Divinidad, un soplo de la esencia divina, que solo tuvo principio en la creacion del mundo. El hombre mismo, segun este delirante impío, era, en cuanto al alma, de la sustancia de Dios. Añadía que los hombres podían ser justificados y salvos sin el conocimiento de Jesu-

(1) Sander. *Haeres.* 227; Sandius, *Biblioth. de Antiq.* p. 3.



cristo, y que los turcos por sus oraciones, que él llamaba santas, podían obtener el efecto de las promesas divinas. Nadie puede dejar de reconocer en esto, sin necesidad de que se le manifieste, los precipicios á que conducen el desprecio de la autoridad eclesiástica, y la libertad, abandonada á cada uno, de entender en su sentido particular las divinas Escrituras; y se advierte que ni aun los dogmas del mismo Corán son los más impíos que profesara Servet.

En estos días de turbulencias y de calamidades, la Iglesia, tierna madre de los fieles, recibió alguna consolación de un noble veneciano, llamado Gerónimo Emiliano, que estableció una congregación de clérigos reglares para cuidar de los innumerables huérfanos, cuyos padres habían fallecido de hambre y de las enfermedades contagiosas en el discurso del año 1528, uno de los más funestos para Italia (1). Emiliano ó Emiliano había abrazado primeramente la profesión de las armas, en que se distinguió por su valor. Habiendo huido el gobernador de Castelnuovo, sitiado por los alemanes, tomó Emiliano el mando y la defensa de la plaza, la cual después de una vigorosa resistencia fué no obstante forzada. Toda la guarnición fué pasada á cuchillo, y el gobernador, cargado de cadenas, fué arrojado en una oscura prisión, de donde se escapó por una concurrencia de circunstancias que parecieron tener algo de milagrosas. Vuelto en lo sucesivo Castelnuovo al dominio de Venecia, esta generosa república, en recompensa del valor de Emiliano, le concedió el goce de aquel dominio por treinta años, con la calidad de jefe de justicia; pero él abandonó bien pronto este empleo, para hacer en sus sobrinos huérfanos el ensayo de las funciones de caridad á que el cielo le llamaba. Habiendo sobrevenido los estragos del con-

(1) Hol. Hist. de las Ord. mon., t. 4, c. 33 et 36.

tagio, vendió hasta sus muebles para aliviar á los miserables. En fin, juntó en un mismo lugar una multitud de huérfanos, y les asistió con un afecto, con una actividad y con un éxito tan feliz que causaron la admiración de toda la ciudad de Venecia. Estableció luego en varias ciudades otras casas semejantes, mediante los socorros de algunas personas virtuosas que se le asociaron; y para perpetuar una obra de tan grande utilidad, instituyó la congregación de Sommasca, llamada así del lugar de su principal establecimiento situado entre Bérgamo y Milán. Diéronla en adelante el nombre de San Mayolo, de una iglesia de Pavia que estaba dedicada á este Santo, y que les dió San Carlos Borromeo, junto con la dirección de un colegio célebre. Esta orden, que sigue la regla de San Agustín, no se estiende fuera de Italia y de los cantones suizos, y se divide en tres provincias, la de Venecia, la de Lombardía y la de Roma.

Al año siguiente (1532) aprobó la Santa Sede la congregación de la estrecha observancia de religiosos de San Francisco, llamados después recoletos, porque deseaban vivir de una manera más regular y más recogida que los otros (1). Leon X, para obviar á las contestaciones que continuamente se suscitaban entre los que querían observar la regla primitiva en toda su pureza y los que pretendían usar de las mitigaciones concedidas por algunos Papas, había reunido todas las reformas particulares á la de la regular observancia, y con esto toda la orden se hallaba dividida en observantes y conventuales. Pero Clemente VII, considerando que los conventos reformados no habían sido menos perseverantes en su reforma, particularmente en España y en Portugal, permitió á dos religiosos españoles, Esteban

(1) Bull. t. 2, Clem. VII, const. 35; Rayn. ad ann. 1532, n. 37.

de Molina y Martín de Guzmán, favorecidos por otra parte por su general Francisco de los Angeles, introducirla en Italia con nuevos estatutos para mantenerla. Mandó asimismo á los superiores de la Orden les cediesen un número suficiente de casas, y se multiplicaron de tal manera, que tienen hasta veinticinco provincias en solo Italia, donde los llamaron frailes reformados. En España y en Portugal cuentan doce, y tienen el nombre de frailes descalzos. Los reyes Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, los favorecieron en Francia, hasta mandar que les cediesen los observantes un número tan considerable de establecimientos, que formaron diez provincias tanto en Francia como en Flandes, sin contar la custodia de Lorena y algunas casas en el Canadá. Su celo y sus servicios han correspondido á estos favores, sobre todo en sus misiones militares, las cuales inclinaron al Papa Inocencio XI á permitirles montar á caballo, y usar para el mismo fin de todas las comodidades compatibles con los deberes de su estado. Los frailes descalzos de España, anteriores á esta reforma, pasaron desde el año 1521 á Méjico, cuyo primer arzobispo fué uno de ellos llamado Fray Juan de Zumarraga. Hubo muchos de los mismos que sufrieron con valor heroico la muerte por la fé.

La Alemania estaba muy distante de entrar á la parte en estos frutos de bendición: antes por el contrario, todo se encaminaba en ella á la entera subversión de la Religión y del imperio. Soliman, dispuesto ya á desquitarse de los austriacos sus vencedores, se adelantaba á grandes jornadas, al frente de trescientos mil hombres, á fin de cargarlos en el abandono en que los dejaban los príncipes luteranos, resueltos á sacrificar su patria al fanatismo y á la venganza. En vano el emperador se esforzó en persuadirles que juntasen sus fuerzas á las suyas contra

B. del C., tome XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

el enemigo común. En la primera asamblea tenida después de esta invitación en Schwinfart en Franconia exigieron que Fernando renunciase el título de rey de romanos y que, sin respeto alguno á los decretos imperiales de Worms y de Augsburgo, desistiese de molestar á los luteranos por causa de religión: que el emperador enviase inmediatamente á la cámara imperial órdenes formales de abstenerse de todo procedimiento sobre este objeto, y aun de dejar sin ejecución las sentencias pronunciadas: en una palabra, que los protestantes gozasen en toda Alemania de la misma libertad y privilegios que los católicos. Otra segunda asamblea, celebrada en Nuremberg, sostuvo con igual firmeza estas condiciones exorbitantes, á las cuales accedió en fin el emperador en toda su estension, á lo menos por lo que hacia á la Religión.

Concluido el tratado de Nuremberg, y firmado, así por los príncipes luteranos en número de siete, como por los diputados de las ciudades imperiales, se envió inmediatamente á Ratisbona donde el emperador le esperaba con impaciencia (1552). En él se decía que no se inquietaría á persona alguna por causa de su creencia, hasta la celebración del concilio que el jefe del imperio prometía hacer convocar dentro de seis meses, y celebrar un año después: que si este concilio no se celebraba, la misma libertad duraría hasta que los Estados germánicos hubiesen hallado medio de conciliar las desavenencias (1): término vago é ilusorio, que dejaba á la heregía una ventaja de la que no se descuidó en aprovecharse. Carlos V se esforzó en justificar su condescendencia por la ley suprema de la política ó de la necesidad, respecto á la imposibilidad de resistir á los tur-

(1) Sleid. in Comm. t. 8, p. 236. etc.; Paul. Jov. lib. 30.



cos sin las contribuciones de los círculos del imperio. Era tal el ardor con que deseaba salir de este negocio, que al recibir el tratado de mano del secretario, que aun no habia abierto el paquete, preguntó: «¿están ya contentos los luteranos? ¿Han firmado todos?» Respondiéndole que sí, «venga una pluma,» continuó con impaciencia, é inmediatamente le firmó sin haberlo leído.

Picados de generosidad los protestantes, y viendo por otra parte cuánto les importaba en todo caso aguerrir sus tropas, cesaron al parecer en celo á los mismos católicos. Esta emulación, fuese cual fuese su principio, produjo tan buen efecto, que el emperador se vió en poco tiempo al frente de un ejército mas brillante que cuantos de memoria de hombre se habian visto en Alemania. Estaba compuesto de treinta mil hombres de á caballo y de mas de ochenta mil infantes, sin contar las fuerzas particulares de los Estados de Austria. De Belgrado, donde se hallaba Soliman, habia ya este sultan audaz hecho penetrar en Stiria quince mil caballos, que asolaron todo el país y se adelantaron hasta Lintz, por el lado de Viena. Todos estos ladrones fueron hechos trizas por la caballería imperial, y el general que los mandaba quedó entre los muertos; pero á esto se reduce todo lo digno de notarse que hizo Carlos V con su brillante ejército. El sultan se habia adelantado en persona hasta Gratz, entre Viena y el ejército imperial que estaba en Lintz. Juntando el emperador consejo de guerra para tomar su resolución, no se juzgó conveniente dar una batalla que arriesgase la suerte del imperio, y se tomó el partido de irse á apostar ventajosamente cerca de Viena, para arreglar desde allí las operaciones conforme lo exigiesen las del enemigo. Soliman tampoco se atrevió por su parte á aventurar el ataque. Despues de haber hecho grandes estragos en el país, volvió á tomar hácia el fin de la

campana la ruta de Constantinopla. Entonces muchos principes opinaron que se persiguiese á los turcos y se les cargase en su retirada; pero tambien prevaleció el dictamen contrario. Con esto, despues de haber licenciado una gran parte de las tropas, distribuido el resto en las plazas de defensa y tomado algunas medidas para el gobierno del imperio en su ausencia, Carlos V se dió prisa á dejarse ver de nuevo en Italia, donde no leyó en todos los semblantes mas que una taciturna sorpresa, y quejas mudas de las pocas ventajas que habia adquirido con fuerzas tan considerables. La opinion pública, engañada por las apariencias, no se hacia cargo de la mala voluntad de los principes disidentes que paralizaba su sincero celo por la Religion. Sin embargo, instó de nuevo al Papa para la convocacion de un concilio (1). En su consecuencia se examinó mas particularmente que nunca el lugar, el objeto, el modo y todas las demas circunstancias concernientes á esta importante asamblea. Pero cuantos obstáculos no deben experimentar los planes mas bien dirigidos antes de llegar al término deseado de la ejecución!

La causa interminable de estas dilaciones eran las guerras casi continuas entre los principes cristianos. En tanto que el armamento del turco y el despecho sedicioso de los principes luteranos infundian al emperador los mas serios temores, los reyes de Francia y de Inglaterra tuvieron una conferencia en Calais, donde uniéndose con una amistad cada vez mas estrecha, se comprometieron á poner juntamente en pie un ejército de ochenta mil hombres. Hizose correr la voz de que esto era para oponerse á los progresos de los turcos; mas los políticos no dudaron que Francisco I queria

(1) Guicc. lib. 10; Arch. Vatic. de instr. ad Conc. Trid.

aprovecharse de la difícil situacion de Carlos V para volver á recobrar el Milanésado, y que Enrique VIII llevaba la mira de oponerse á las sollicitaciones de Carlos con el Papa en favor de la reina Catalina. Enrique se quejaba amargamente al rey su amigo de la debilidad del Papa y de la parcialidad de la corte romana. No podia digerir que se hubiese avocado á ella la causa de su matrimonio, y que se le quisiese obligar á presentarse personalmente ó por medio de apoderado, para recibir la sentencia del Pontífice. Pretendia que este rigor no tenia ejemplo; que cuantas veces se habian suscitado semejantes cuestiones entre los reyes, les habian dado jueces en su mismo reino. Pasando de aquí á las supuestas exacciones é injusticias de la corte de Roma, solicitó de Francisco I que se uniese á él para interponer juntos una apelacion al concilio, á fin de que se examinasen en él los abusos que los Papas hacian de su autoridad. En estas proposiciones no vió Francisco mas que un espíritu exasperado, á cuyos impulsos estaba muy lejos de cooperar. Esforzóse en suavizarle, prometiéndole trabajar por sus intereses con el Pontífice con todo el celo de la amistad.

Enrique no replicó, pero escuchando solamente su pasion, que rompió desde entonces todos los frenos, se resolvió al último exceso. Apenas estuvo de regreso en Inglaterra, cuando cortando el nudo de la dificultad, en lugar de esperar la resolución, y concluyendo por via de hecho, sin inquietarse acerca del derecho, se casó con Ana Bolena, pero como culpable tímido y disimulado, ó mas bien como sacrilego falaz y cobarde. Hizo ir muy secretamente antes del día un sacerdote, llamado Rolando Lées, quien en premio de su crédula condescendencia obtuvo poco despues el obispado de Coventry. Dispensándose Rolando para celebrar la misa que habia servido de pre-

texto para llamarle tan de mañana, dijole el rey que habia ganado su pleito en Roma, y que el Papa, declarando nulo su matrimonio con Catalina, le habia permitido casarse con otra muger, aunque que sin aparato alguno por no dar escándalo. Persuadido Lées de que un rey no era capaz de engañar en un negocio de esta naturaleza, se contentó con preguntarle si tenia en su poder la sentencia pontificia. El rey le hizo seña que sí, y Lées acabó de prepararse para la misa. No obstante, al momento de empezarla tuvo alguna aprension acerca del paso que iba á dar, y dijo al rey: «Señor, para satisfacer á los santos cánones, seria á propósito leer la sentencia de Roma en presencia de algunos testigos.» Enrique le respondió, que el breve habia quedado en un cofrecito, del cual tenia la llave en su poder, y que no era fácil, especialmente de noche, ir á buscarle al sitio donde estaba, pero que podia fiarse de lo que le decia. Sobre esta palabra, el débil sacerdote dijo la misa, é hizo la ceremonia del matrimonio (1532). Al cabo de algunos meses, estando en cinta la nueva esposa de Enrique, no guardó ya mas miramientos con el Sumo Pontífice, observando, sin embargo, el cuidado de no adelantarse sino poco á poco, de dar un colorido á todos sus atentados y de dar á entender que se contentaria cuando no se contrariase á su pasion. De este modo procedió sordamente molestando y despojando al clero de su reino que no apoyaba sus designios como él deseaba (1). Hacia obrar al parlamento contra los privilegios y derechos mas constantes de los eclesiásticos; y despues suspendia los procedimientos en el momento de la ejecución, á fin de triunfar mejor de la constancia, acometida á un mismo tiempo por la esperanza y por el temor. Usó del mismo

(1) Hist. du Div. t. 1, p. 291; Burn. t. 2, p. 187.